

JAVIER MÁRQUEZ SÁNCHEZ

✦ Afilado como un blues
a medianoche

ED | DE
SALTO | PÁGINA

*Esta novela es para Lola Márquez Martín-Javato,
por la esperanza que promete su sonrisa.*

El mal que hacen los hombres les sobrevive. El bien queda frecuentemente enterrado con sus huesos.

WILLIAM SHAKESPEARE, *Julio César*

Si hay algo seguro en esta vida, si la historia nos ha enseñado algo, es que se puede matar a cualquiera.

FRANCIS FORD COPPOLA y MARIO PUZO,
El Padrino. Parte II

Dile adiós al presidente por mí

Santa Mónica (California), agosto de 1962

Marilyn Monroe murió dos veces. Lo sé porque yo fui su segundo asesino. Ninguno de los dos nos merecíamos aquello. Matar a alguien nunca es agradable. Casi nunca. Si se trata de alguien a quien tienes aprecio, la cuestión se vuelve aún más complicada. Pero, ¿qué podía hacer? Cuando te dedicas a resolver situaciones delicadas eres consciente de que no van a reclamar tus servicios para que vayas a pintar la valla del jardín.

No era la primera vez que recibía una llamada de Peter Lawford. Me caía bien. Se trataba de un actor bastante mediocre que era consciente de que todo lo que había logrado en el mundo del espectáculo era gracias a su amistad con Frank Sinatra y a su matrimonio con Patricia Kennedy, la hermana del presidente. A cambio, se había convertido en el correveidile más conocido de las altas esferas.

Aquel verano de 1962, mi jefe en la agencia de seguridad privada para la que trabajaba en los casinos de Las Vegas, Larry Marvin, había aceptado que me tomase unos días de descanso a comienzos del mes de agosto. Según la mayoría de los directivos de los hoteles, en esa época la ciudad del placer en medio del desierto de Nevada se llenaba de turistas de medio pelo, y era durante el resto del año cuando la frecuentaban las estrellas

de la música y el cine, los políticos y los grandes empresarios a los que yo podía servir de alguna ayuda.

Aproveché esas vacaciones para pasar unos días en la playa junto a Janet Baker, una mujer fascinante y con más redaños que la mayoría de los hombres que yo conocía, que había sabido ganarse en poco menos de cinco años un puesto destacado como reportera de política nacional en el *Los Angeles Herald*. El propio Larry me dejó su casa en Santa Mónica para poder relajarme junto a Janet sin tener que sacar el arma de la funda. Me refiero a la 45 automática. Larry seguía siendo tan atento como cuando tragamos juntos arena en el desembarco de Sicilia en el 43. Atento a sus intereses, claro está. Al estar en su casa podía tenerme controlado.

Janet y yo estábamos en la terraza; yo, tumbado sobre la hamaca y ella, echada sobre mí. Yo la abrazaba. Ambos mirábamos el océano, plateado por el reflejo de aquel cielo cuajado de estrellas, la luna bailando sobre el agua. Todavía teníamos la respiración acelerada tras hacer el amor. La piel de Janet aún ardía como el cañón de un revólver recién disparado.

Manteníamos aquella relación desde que nos conocimos en Las Vegas en el 56. Era algo extraño. Cada uno vivía en un extremo opuesto del país, a veces hablábamos por teléfono, y un par de veces al año, quizá tres, nos veíamos en algún lugar agradable para pasar varios días juntos, con sus respectivas noches. Y cada vez planteábamos la necesidad de concretar de qué iba aquella relación nuestra, aunque supongo que ambos pensábamos que no merecía la pena arriesgarse a no llegar a un acuerdo, así que zanjábamos la cuestión con un poco de buen sexo.

Pasaban algunos minutos de la una de la madrugada cuando sonó el teléfono. Tras el sobresalto inicial, me alegré de escucharlo. Me había quedado sin hielo para el Southern Comfort y no había querido levantarme para no romper la magia del momento. Después de todo, uno era un romántico.

Era Peter Lawford. Hablaba de forma atropellada. Apenas un hilo de voz. Sollozaba. Suspiraba. Había llamado antes a Sinatra

y Frank le había dicho que me telefonease a Las Vegas. Volvió a hablar con él para decirle que no me había encontrado en el Flamingo y entonces Frank le dijo que hablase con Larry Marvin. Él le dijo a Lawford dónde podría encontrarme y le dio el número de la casa.

—¡Me ha dicho que estás en Santa Mónica! —gritó como si acabase de descubrir el mayor secreto de la historia.

—Así es, Peter. Pero tranquilízate, por favor. ¿Qué ocurre?

—¡Gracias al cielo, Eddie! Necesito que vengas.

—¿Ahora? ¿Sabes qué hora es? —exclamé intentando alcanzar mi reloj, que había dejado sobre el albornoz.

—No puedo decirte nada por teléfono, Eddie. Pero te aseguro que es un asunto... Afecta a nuestros amigos.

—¿Nuestros amigos? —repetí.

—Nuestros amigos.

—¿Tuyos y míos o sólo vuestros? —pregunté.

Hubo un breve silencio.

—¡Maldita sea, Eddie! Es un asunto familiar, ¿de acuerdo?

No hacía falta que dijera más. Hablaba de sus cuñados, los Kennedy.

—Pillado, Peter. Pero, ¿de verdad es tan urgente? Conducir ahora hasta tu casa me llevaría...

—No estoy en mi casa, Eddie. Estoy en Fifth Helena Drive.

Guardé silencio. Lawford y esa calle. Sólo podía tratarse de una casa.

Sentí de pronto un escalofrío. Como aquella vez con los chicos de Brooklyn, cuando éramos unos chavales. Creímos haber escapado de la policía después de un trabajo para Albert *Anillos* Nicasi. Todo parecía estar tranquilo, pero yo sentía aquel escalofrío. No podíamos verlos, pero sabía que estaban allí. Los chicos no me hicieron caso. Más tarde, cuando el abogado de Nicasi logró convencer al juez y nos dejó libres, me pidieron disculpas por no haberme escuchado.

Ahora el juego era diferente, pero el escalofrío era el mismo. A la una de la madrugada me llamaba el cuñado de los Kennedy

desde casa de Marilyn Monroe. Comprendía sus recelos para hablar por teléfono con claridad.

Maldito Larry Marvin. Le salían las jugadas como si las hubiera preparado. Su casa, en Pacific Avenue, estaba a pocas manzanas de Fifth Helena Drive. Hasta podría ir andando si se hubiese tratado de pasar un buen rato.

—De acuerdo, espérame allí —respondí finalmente—. Tar-
do quince minutos.

—Intenta que sean diez.

—¿Tan grave es?

—Ven cuanto antes —dijo Lawford—. El número de la casa
es...

—Lo sé, Peter. Sé dónde estás. Ahora tómate una copa y trata
de serenarte. Si quieres que te ayude, necesitaré que me cuentes
con calma cuando llegue de qué va todo esto.

—Gracias, Eddie. Te espero.

Pasé por la cocina y volví a la terraza con un vaso con hielo.
Lo rellené de Southern Comfort hasta arriba y lo agité un poco
para enfriar el licor. Miré el océano. Sencillo y hermoso al rozar
la playa, inmenso y oscuro cuanto más se alejaba; casi al contra-
rio que la mayoría de la gente.

—¿Qué ocurre, Eddie? —preguntó Janet, que se había cu-
bierto con una bata de seda de motivos nipones, también cortesía
de Larry Marvin.

—Nada. Tengo que marcharme.

Di un largo trago tras soltar aquella respuesta que sabía que
no saciaría la curiosidad de mi persistente acompañante. Alcancé
un cigarrillo y lo encendí. Janet me lo quitó de los labios, así
que cogí otro.

—¡Oh, vamos, Eddie! No me trates así. Dime qué ocurre.
Déjame acompañarte, al menos.

La miré y me incliné hacia ella. La tomé de la barbilla y miré
por unos segundos aquellos ojos. «En ellos podrías perderte para
siempre», dicen los poetas, aunque en el caso de Janet te acom-
pañaría hasta encontrar la salida con un puntapié en el trasero.

Sonreí y la besé.

—Ni lo sueñes, nena.

—¿Ni lo sueñes? Y esperas que me quede aquí como si nada.

—No espero que lo hagas con una sonrisa, Janet. —Apuré la copa y la dejé sobre su mano, extendida inicialmente para subrayar su enfado con aquel gesto.— Pero vas a quedarte.

Fui hasta el dormitorio y me vestí. Ella me siguió y estuvo tratando de convencerme. Pero yo había tenido una madre bastante testaruda, de la región italiana de Véneto, nada menos, así que sabía lo que era batallar con alguien insistiéndome para que hiciera algo.

Cogí la pistola, comprobé que estaba cargada y la enfundé en la sobaquera.

Janet me observó en silencio.

—No te enfades —le dije finalmente—. Pero este asunto promete ser bastante delicado.

—¿Sabes que no lo haces nada bien? —respondió—. Si lo que pretendes es que pierda el interés por lo que está ocurriendo, quiero decir.

—Te contaré lo que pueda —dije.

—Te lo agradeceré, Eddie. Estaría bien que tuviéramos algo de lo que hablar.

Pensé en Peter Lawford y de pronto agradecí su llamada, aquel comentario no presagiaba una conversación agradable.

Pasé a su lado y quise besarla, pero giró la cabeza y mis labios sólo lograron rozar su mejilla.

—Te llamaré —dije.

—¿Cuando vuelvas a Las Vegas?

—Quizás tenga que moverme, aún no sé los detalles de lo ocurrido.

—Claro que tendrás que moverte. El miedo al amor es como un billete de primera para los hombres —sugirió Janet—. Así que hasta la vista, ¿no? ¿Hasta Navidad?

La miré en silencio un instante antes de proseguir mi camino hacia la puerta.

Allí, mientras me calaba el sombrero, me volví.

—Janet, yo...

—¿Me quieres?

—¿Qué?

Janet Baker rompió a reír mientras se cerraba la bata.

—¿Por qué cuanto más duros sois los hombres con un arma en la mano —aseguró—, más infantiles resultáis cuando se os empuja al terreno de los sentimientos? Anda, lárgate.

Janet caminó hacia mí descalza. Se aupó sobre las puntas de sus pies y me besó.

—Te quiero, Eddie Bennett —me susurró—. No sé por qué, ni de qué modo, ni qué me gustaría que ocurriera. Sólo sé que te quiero.

—Janet...

—Tranquilo, no espero que digas nada. Sé que sientes algo por mí. Eso lo notamos las mujeres. Y antes o después tendrás que encargarte de este caso, Eddie, tu propio caso. El nuestro. Antes o después tendremos que tomar una decisión.

—Yo... —suspiré y me encogí de hombros—. Lo sé, Janet. Pero ya sabes, mi vida a veces es como un martini sin agitar: tiene todo los ingredientes pero no aún no está listo.

Sonrió y volvió a besarme.

—Ten cuidado, maldito cabezota. Y ahora, lárgate.

—Nunca se sabe... —susurré para mí, agitando la cabeza, mientras salía de la casa ajustándome el sombrero.

Detuve el coche algunas casas antes de llegar al 12.305 de Fifth Helena Drive, en el distrito residencial de Brentwood. Eran construcciones utilitarias, sin el menor lujo. Nadie diría que en una de ellas vivía la actriz más popular del cine, además de la mujer más deseada del mundo.

Caminé despacio, observando cuanto pudiera moverse a mi alrededor. No muy lejos pude ver un coche de policía y una ambulancia. Luces y motor apagados, con el personal en su interior.

Llegué a la casa y llamé. Abrió la puerta una mujer de unos sesenta años. Ya la había visto una vez, hacía tiempo. Era el ama de llaves de Marilyn.

—Buenas noches —dijo.

—Hola, señora Murray. Soy Eddie Bennett. El señor Lawford me está esperando.

—Sí, pase.

Asentí con cortesía y entré en la casa. Peter estaba en el salón, sentado en el sofá, con los brazos caídos entre las piernas y la cabeza colgando como un muñeco al que alguien hubiese olvidado dar cuerda.

—¿Qué hay, Peter?

Se tomó su tiempo para observarme, como si ya careciese de sentido tener urgencia por nada. Tenía los ojos irritados.

Con un gesto señaló hacia una habitación contigua.

La puerta no estaba cerrada, sólo entornada. La empujé con cuidado y fui observando cuanto dejaba a mi vista, que no era demasiado. Paredes blancas, limpias, sin un solo cuadro, cartel o fotografía; nada que dotase a la estancia de un mínimo calor humano. La ventana estaba cerrada. Ropa revuelta en el suelo. Una pila de revistas en una esquina. Una cómoda con papeles desordenados sobre ella. Una mesita de noche con una docena de frascos de pastillas junto a una lamparita. Una cama de sábanas blancas de cualquier tienda de menaje. Una mujer tendida boca arriba, tapada hasta el cuello. Durante algunos segundos, intenté engañarme. ¿Quién podía ser aquella mujer muerta en casa de Marilyn Monroe?, insistía en preguntarme con ingenuidad. Sólo poco a poco me obligué a aceptar que aquel rostro abotargado, aquel cabello grasiento, aquellas mejillas pálidas correspondían a la actriz más sensual de Hollywood y a la mujer más vulnerable y tierna con la que yo había tenido la oportunidad de hablar.

Me acerqué a ella y le busqué el pulso en la muñeca. No lo encontré. Volví a mirar su rostro. Me costaba admitir que fuese ella.

—¿Qué ha pasado? —pregunté al volver a la sala de estar.

Lawford hizo el ademán de responder pero lo detuve con un gesto.

—Señora Murray —dije—, tengo que rogarle que vaya a su dormitorio y que espere allí. Nosotros la avisaremos.

—Pero yo quiero...

—Por favor, señora Murray, insisto.

La anciana me lanzó una mirada recriminatoria antes de marcharse. A continuación volví con Peter.

—¿Y bien?

—No lo sé, Eddie. Recibí una llamada de ella esta noche, sobre las nueve. Yo estaba en casa, teníamos una fiesta, ya sabes. «Dile adiós al Presidente por mí», me dijo. Y añadió: «y adiós también a ti, porque eres un hombre bueno». Dijo eso, ¿sabes?

—Está bien, Peter.

—¡No, no está bien, maldita sea! —gritó poniéndose en pie—. No está bien porque yo no le hice caso. No era la primera vez que me llamaba después de tener un desengaño con los hermanos, pero yo no imaginaba que podría...

—¿Han estado hoy aquí? ¿Alguno de los dos?

Peter se serenó y asintió. Volvió al sofá.

—¿Bobby? —pregunté.

Peter cabeceó de nuevo.

—Estuvieron juntos un par de horas. Al parecer hubo una fuerte discusión. —Peter chasqueó la lengua y se pasó la mano por la cabeza.— ¡Maldita Marilyn! Ya le dije que se buscaría un lío. Últimamente no dejaba de llamarme diciendo que iba a contarlo todo. Ya sabes, lo suyo con John y con Bobby, lo que sabía de la invasión de Cuba y todo lo demás. Me lo decía a mí, a ese dichoso psiquiatra suyo y Dios sabe a cuánta gente más. Quién sabe si no se lo soltó también a Bobby. Cuando se marchó de aquí, Robert se fue para casa. A mi casa, claro. Su familia está en San Francisco, en el rancho de un amigo. De hecho, en teoría él está durmiendo ahora allí.

—¿Y dónde está entonces el maldito Robert Kennedy, Peter?

—De camino a amanecer en su cama de ese rancho. Un helicóptero lo llevará hasta allí —Peter se tomó un momento antes de seguir—. Cuando la señora Murray la encontró así llamó inmediatamente al doctor Greenson, ya sabes, su loquero, que la atendía cuando tenía alguna de sus crisis. Cuando confirmó su muerte, Murray siguió las instrucciones que le habían dado los del Servicio Secreto a espaldas de Marilyn: llamarme a mí.

—¿Dónde está ese médico?

—Lo he mandado con Joe Lambert a buscar algo de beber, por quitarlo de en medio cuando llegaras, ya sabes. Conoces a Joe, ¿verdad? No quise venir solo por si... No sé.

—Has hecho bien —comenté—. Necesitaremos un par de tragos antes de que esto termine.

—No sé... —repitió Lawford, casi como un suspiro, meneando la cabeza.

—De acuerdo —dije dando una palmada—. De forma que tenemos a una Marilyn despechada que se suicida y a un hermanito interesado en que no se le relacione con esa muerte.

La mirada de Peter Lawford cobró fuerza por primera vez desde mi llegada.

—¿Quién ha dicho que Marilyn se ha suicidado?